

EL ENCARGADO DE LA PALANCA

Nadie conduce el metro. Su funcionamiento ha sido programado por un brillante informático muerto hace años. El primer tren se pone en movimiento a las 5:15 de la madrugada mientras que el último se inmoviliza a la 1:30 de la mañana siguiente sin que haya forma de impedirlo ya que el informático muerto se llevó a la tumba el secreto del programa y desde entonces no ha habido quién fuera capaz de descifrarlo; de modo que haga lo que se haga el primer metro parte todos los días a la misma hora, seguido por otros trenes que cumplen con un horario preciso según la afluencia de pasajeros en diferentes momentos de la jornada, incluyendo sábados, domingos y otros días festivos. Es tal el automatismo del metro que cierto día de gran nieve, cuando el temporal impidió a los habitantes de la ciudad salir de sus casas, el metro siguió rodando solo a través de los túneles y estaciones con todas sus luces encendidas, transportando solamente aire y cumpliendo con su preciso horario.

Pero a pesar de su sadismo o de su burla, el informático muerto previó la instalación de una palanca para interrumpir manualmente y por unas horas el fluido eléctrico que permite el funcionamiento de los trenes. El dispositivo mencionado se encuentra en un pequeño cuarto de 2m por 3m en el décimo quinto subsuelo de la tercera estación de la rama A, a la derecha. Un hombre, cuya función se ha definido con el título de encargado, se dirige allí cada día con el fin de velar sobre la palanca.

Su trabajo consiste esencialmente en accionar el dispositivo en caso de incidente. El encargado y los para-médicos se ponen en acción tres o cuatro veces al día ya que, por causas que aún se ignoran, hay infelices que prefieren el metro a otras formas de poner fin a sus vidas.

Accionar la palanca comprende dos movimientos sucesivos, el primero de ellos es bajar la palanca cuando la lámpara roja se enciende en el cuarto y el segundo el de subir la palanca

cuando la luz roja se apaga y la verde vuelve a encenderse.

Hay que bajar la palanca para permitir que los para-médicos entren en acción y dejen todo como estaba rápidamente afin de que los trenes puedan rodar otra vez y los usuarios puedan dirigirse a sus empleos o a sus casas. Los bombillos rojo y verde que advierten al encargado son de tamaño impresionante y de potencia descomunal, unos 350 watts. La razón es simple : es necesario que cualquiera sea el estado mental del encargado en el momento del incidente, el encendido de la luz capte inmediatamente su atención y provoque en él la reacción esperada. Sin embargo, un solo bombillo encendido en una habitación tan exigua, produce una temperatura de más de 35 grados centígrados. Al principio esta situación le resultó penosa, pero al cabo de unos años su gran determinación pudo más, de manera que el calor aunque siempre le hace sudar a chorros le resulta ahora completamente indiferente.

Consciente de que su trabajo exige completa concentración, el encargado excluyó desde muy pronto televisores miniatura, audio y aún libros o diarios; la palanca requiere toda su atención. Y aunque al principio la detestaba porque representaba el instrumento de su esclavitud, poco a poco fue tomándole aprecio e incluso admiración; ya que ha comprendido que la palanca le permite vivir y mantener a su familia. "Es notable, piensa a veces, como una herramienta tan simple puede asegurar mi vida, la de mujer y el futuro de mis hijos" y mientras piensa en su familia, dirige su mirada a los bombillos y de ahí a la palanca, orgulloso de su propia seriedad y pendiente de todo. Cada día se siente más satisfecho de su trabajo ya que de su esmero depende el buen funcionamiento del metro y, por ende, la vida cotidiana de millones de ciudadanos. A causa de su orgullo quizá o simplemente por demostrar la importancia de su trabajo, el encargado viste cada día saco y corbata y sólo se quita el saco al llegar pero no la corbata a pesar del calor, de puro contento. Cuando el encargado piensa en los infelices que provocan los incidentes cotidianos vuelve a contemplar la palanca, la acaricia con ternura no fingida y

elevando ambas manos al cielo que se halla encima de los 15 pisos de subsuelo donde trabaja, le da gracias a Dios por haber tenido tanta misericordia de él y de su familia, al darle un empleo tan singular.

Existe una salida de emergencia en caso de incendio u otro siniestro; el encargado debió recurrir a ella una vez. Fue el 22 de julio del año penúltimo, a las 15:42, cuando se declaró el gran fuego del subsuelo 30.

La dicha salida se presenta en el cuarto de la palanca en forma de boquete circular, a 53 centímetros del techo. El hombre, responsable de su trabajo, no quiso abandonar su puesto hasta el momento final, cuando la invasión de humo hizo el aire irrespirable. Fue entonces que ayudado de un taburete, trepó hasta la entrada del hueco que constituye la salida a la superficie, 14 pisos más arriba.

Le resultó difícil pasar los hombros por el boquete, pero con la paciencia que lo caracteriza, lo logró. Se encontró entonces dentro de un cilindro de aluminio en forma de S, en cuyo interior se hallaba pegada una escala.

Los primeros peldaños fueron fáciles, pero al alcanzar la primera curva se encontró con una masa informe de residuos, entre los cuales debió abrirse camino.

Por debajo el humo subía rápidamente y se hallaba ya a la altura de sus pies, por arriba el aire era apenas respirable. La acumulación de desechos se hacía más densa a medida que subía la escala.

La basura provenía por cierto de la calle (la salida de emergencia culminaba en una alcantarilla y no se había limpiado en años). La masa se componía de todo tipo de objetos : papel, colillas, latas de aluminio, restos de animales por sobre todo roedores, pero también de animales más grandes como gatos. El olor era insoportable, pero aún podía respirar; debía huir del humo que trepaba lentamente debajo de él.

Al cabo de más de dos horas de periplo subterráneo el encargado alcanzó la porción superior del túnel . Sin embargo fue allí donde el progreso de sus pasos resultó más arduo. El humo lento pero letal, había llegado hasta él, recorriendo el mismo camino que el hombre había abierto con sus propios brazos, en gestos desesperados a través de la oscuridad, y ahora le entraba en la garganta y en los pulmones. A una decena de metros solamente asomaba la luz de la salida; pero el encargado, boca abajo y con los ojos apretados no podía verla.

Con la faringe ardiendo se sintió desmayar, pero más allá de todo, el recuerdo de su familia que de él dependía lo hizo avanzar, sin vista y sin aire, gateó, empujando con la cabeza y lo hombros el resto de la inmundicia del caño. Progresó, furioso hacia delante, sin saber donde se hallaba, hasta que de pronto sintió en el rostro el aire fresco del mundo exterior. Inseguro aún, levantó los párpados y comprendió, incrédulo, al ver la luz, que lo había logrado.

Desde luego, en cuanto fue posible, el encargado retomó su puesto.

Este hombre no es el primero en realizar este trabajo. De su predecesor, un ciudadano simple pero responsable, fallecido hace un lustro queda memoria en el metro, ya que detrás de la puerta del garaje del subsuelo número 15, se halla un retrato de éste con toda su familia sonriendo junto a la palanca a la que consagrara 30 años de su vida.

Firmado por *DICIEMBRE*